

Juan José Gil: En la orilla

CARLOS DIAZ-BERTRANA

En un viejo texto que escribí, sobre la obra de Juan José Gil, hablaba de la voluptuosidad del alféizar, del artista situado en el dintel, mirando hacia adentro y hacia fuera. Ahora se emplaza en la Orilla, un espacio sinuoso que es mar y tierra, arena, espuma y agua. Lugar de tránsito, punto de partida y de llegada. En la Orilla dudamos entre la despedida y el regreso. La ola que va y viene, y vuelve a venir, deja atrás un rastro de espuma y catástrofe. Es un buen sitio para enfrentar al mar de la memoria a su espejo líquido.

Lo primero que llama la atención de esta propuesta de Juan José Gil es una renuncia paradójica. En el último lustro de su producción el color predominante es el azul nórdico, que es precisamente el color que desaparece en esta obra, justo cuando decide pintar el mar. Como si quisiera dejar claro que afronta este tema sin ninguna vocación retiniana y que el numen parte del recuerdo. No obstante, la estratagema de que se sirve el artista no logra del todo el resultado apetecido y, sólo en algunos cuadros, escapa a la liviandad narrativa e impone el esfuerzo intelectual a lo meramente descriptivo. En estos cuadros el artista prescinde de efectismos y, la intensidad dramática que caracteriza toda su producción, se pule con el pensamiento, para configurar un espacio pictórico en el que suceden cosas. Donde uno puede abismarse hacia el ser, sin temor a ser entretenido por el estruendo del oleaje.

En esos cuadros el horizonte es más pequeño y la acción se concentra en todo el espacio pictórico, no está ya acotada por franjas horizontales u oblicuas sino desplegada con rotundidad, creando un universo especulativo por el que puede navegar la mirada y extraírselo el sentido.

Juan José Gil se mueve en un terreno uliginoso donde trata de embellecer la expresión y festejar a la retina, sin deteriorar el andamiaje conceptual que, empero, se articula con vaguedad. Borges decía que la

filosofía da al mundo cierto sentido de vaguedad y que esta vaguedad es para bien. Tal vez, Gil, haya decidido situar su pintura ante ese dilema. En cualquier caso, la lectura que ofrecen sus cuadros es eminentemente sensitiva y, es sabido que sentir es el prelude de comprender. Aunque otros autores han señalado que el arte no se entiende: sucede.

Al acercarnos a estos cuadros de la Orilla, oímos el bárbaro fragor del mar que cantó Tomás Morales, lo que resulta una novedad en la poética de Juan José Gil, hasta esta etapa, silente. Lo que no varía es su indagación en los valores plásticos de lo húmedo y en la soledad de la experiencia del vivir. Tampoco el amparo en algún recurso formal que organice la composición. En su serie "Paraislas" es una franja de luz vertical, en la de los "Antropotaburetes", el taburete, en la de las "Autopistas", un pedazo de carretera, y, en esta serie, la ola rugiente que se atisba al fondo. En mi opinión un soporte prescindible, como puede observarse en los cuadros que mejor funcionan de la exposición: aquellos en los que está ausente.

La estrategia del encubrimiento que plantea el artista es cuestionable ya que es un magnífico pintor y con su desborde de talento puede desconcertar al espectador que no atraviesa la superficie de la pintura y se detiene en los aspectos emotivos y virtuosismos técnicos. Encuentra dificultades para compartir los interrogantes abiertos que plantea esta obra, cuando olvida la anécdota y se exige un compromiso con las ideas. Es entonces donde se aprecia la potencia expresiva del artista, inaugurando un nuevo análisis de la realidad que alborota a los sentidos y nos traslada al mundo de la imaginación, donde las Orillas además de ser tan reales como en la realidad, operan mediante la analogía, el instrumento de los poetas.

La Orilla como ensueño y mar de la memoria, olvidándose de su natural geográfico para ser un espacio



Juan José Gil. Orilla VI. 1993. Tec. Mixt. 120×120 cms. Cortesía Socaem.

mental. La pintura como construcción de un recinto pictórico, de un fenómeno creativo y, por lo tanto, humano. Alejándose de lo alusivo, buscando la eficacia de la expresión. El hombre sólo mirando el horizonte de la existencia, “orillando” la impresión para extrañarse en el lado oscuro donde nada es nítido. Allí donde reposa nuestra identidad, a la que algunas obras de arte consiguen sintonizar. Ese algo que encontramos en algún poema, en ciertos pasajes musicales, en algunos cuadros que nos ayudan a transgredir la realidad. Juan José Gil se mueve en esta dirección e intenta, por medio de su pintura crear metáforas de lo insondable, de lo que no puede ser dicho.

La exposición se completa con unos trabajos sobre papel, en los que Juan José Gil avanza algunas claves sobre la evolución de su poética. Una cierta religiosidad natural ante el hecho pictórico que “funda las relaciones del hombre con la divinidad en la misma natura-

leza de las cosas”, una menor grandilocuencia expresiva que responde no sólo a la humildad del material, sino a una voluntad de concentrar el discurso que, para evitar despistes, lo despoja del referente figurativo, que no obstante sigue estando a lo lejos, entre brumas, atenuado. La obra deja de ser representativa y se hace intimista. El color se libera de la retórica y afronta su destino.

Y, en el patio central, una instalación, la primera que conocemos del artista, probablemente un homenaje privado a su maestro, Juan Hidalgo. Una lámina de agua negra sobre la que cuelga una red con unos bultos oscuros. Apenas nada, la sencilla monumentalidad de un jardín japonés.

Más al fondo la monótona música del motor de un pozo, desgranándose como un mantra oriental o como una inmisericorde partitura minimalista.



ORILLA

Punto y Círculo



ORILLA

Juan José Gil. Proyecto para ATLANTICA, 1993.